

cial, carente casi por completo de envoltura cutánea, en *Los encuentros* no busca el *trazo* ambicioso, que al desear resumir en muy pocas palabras verdades significativas, hace que el trabajo revelador cuente con una serie de elementos secundarios más inútiles que complementarios.

LO IMPOSIBLE

A la persona retratada se la convierte en marioneta o títere como se dijo, se la explota, siempre que el empeño en definirla se sitúa ante ella con una superioridad, lejos, muy lejos por fortuna de la manera de operar aleixandrina. En el área de la pintura moderna sobre todo, los que un día creyeron que se decía más de las maneras de ser, sintetizándolas de forma harto atrevida, pretendieron en tantísimos casos gracias a *atrevimientos* nada plenos, remansar en síntesis insuficientes valores vivos de muy difícil expresión. Es curioso que un lírico tan *atrevido* como el autor de *Espadas como labios*, sin embargo, haya prescindido de ellos siempre que ha intentado descifrar enigmas humanos, de aventuras expresivas arriesgadas. En *Retratos con nombre*, como en *Los encuentros* y en *Nuevos encuentros*, el poeta no se acerca a la experiencia amiga, dispuesto a ensartarla con la gracia de una serie de metáforas envolventes, siempre aproximadas, sino con las palabras transidas no ya de la experiencia acreditativa a que nos hemos referido, sino de un calor, de un palpito podría decirse *cariñoso*, común denominador de todo su quehacer en este plano. La *altivez* de los retratistas, pictóricos y literarios, dio como resultado cuadros y prosas que *caracterizaban*, más que evidenciaban, a las personas elegidas. El retratista suficiente crea como si dijéramos una *clase* con quienes de una manera o de otra elige entre los mortales, en la que resplandecen valores utilizados por el pintor o el poeta, para ejercicio de sus habilidades. En nuestro caso, ocurre todo lo contrario. Vicente Aleixandre, a la vera en sus encuentros de criaturas humanas determinadas, huye de *lo distintivo*, convencido de que la riqueza humana está en *lo imposible*. Y es ese imposible, reflejado de tantas maneras en la familia humana, lo que el poeta andaluz persigue, sin necesidad previamente de convertir en «personaje», a la *persona* que trata de querer. Un juego metafórico abundante, fácil para él, le hubiera valido al autor estudiado, no sólo para acosar la distinción viva, sino para distinguirse, como ocurre generalmente cuando quien retrata explota el motivo de que parte. La palabra sencilla, estremecida, bien experimentada, con la que Aleixandre avanza por la riqueza íntima que se propone perennizar en sus *Encuentros*, enriquece

a la misma con el resplandor poco a poco conseguido por quien, preocupado por lo vivo imposible, es a ese valor al que se dirige, sediento de algo que los retratistas literarios y artísticos no suelen considerar. Se comprende, llegado a este punto, lo que hay de *desgalichamiento* incluso en muchos de los encuentros aleixandrinos. El poeta, que siempre fue más desgalichado que armado, más rendido que enterizo, es quizá en este importante apartado de su obra, donde se nos muestra altamente *mendigo* de lo que cualquier poeta tiene que buscar. Porque retratar para él, a la busca de lo imposible, es organizar *homenajes* palpitantes a la vida amadísima. Y el homenaje palpitante, todo lo contrario, como se deduce de una palabrería brillante, empeñado en sacar al retratado de sí. Aleixandre, con sus *Encuentros*, da una lección de todo lo contrario: de meter en sí, de concentrar en la criatura celebrada vida y misterio. Ya que desorbitar si se quiere por procedimientos pintorescos a un ser humano, lo convierte en habitante de un mundo excluyente, vedetístico, inhumano. Y lo que Aleixandre siempre consigue es poner de manifiesto, con palabras fervorosas y estremecidas, cómo *residió* en un tiempo determinado, la criatura considerada por su afecto como criatura singular.

RETRATOS NO LITERARIOS

En los antecedentes históricos de *Los encuentros* aleixandrinos hubo quizá magníficos si se quiere, pero demasiados *retratos literarios*. (O retratos demasiado pictóricos, siguiendo nuestro discurso.) Cuando un escritor o un artista decide destacar una figura o varias figuras de su tiempo, corre siempre un peligro: el de *literaturizarlas* en extremo. En eso, para qué insistir, los «modernos» batieron todas las marcas. Dispuestos a no mentir a lo *pompier* como sus antecesoros, creyeron que su «mentira desnuda»—denominación magnífica que dio lugar a muchos crímenes creativos— conseguía objetivos indiscutibles, cuando en realidad no fue así. El *retrato literario*—como el *retrato pictórico*— tiene siempre menos de verdad que de *rebozo* pictórico o literario. «Hacer literatura» cuando se hace un retrato, es proponerse algo que no tiene que ver demasiado con evidencia de la manera más sintética posible una determinada manera de ser. El caso es que el «retrato literario», suele ser notable por lo literario, no por su capacidad descubridora. Y de lo que se trata, como Vicente Aleixandre ha demostrado, es de todo lo contrario. El «encuentro» en definitiva consiste en lograr *retratos no literarios*. En reclinar en la hierba de la literatura la capacidad para reflejar lo imposible de una

vida, que nos enriquezca precisamente por esa milagrosa capacidad. La prosa en nuestra ocasión dispone su tejido para empaparse de caudales humanos, que desde ella más o menos resplandecen. Esos «casi» y «acaso» tan significativos en la poesía de nuestro poeta, determinan en sus *Encuentros* como cierta conducta, incapaz de permitirse otra cosa que no sea el registro veraz, la anotación lúcida, el rasgo valorizador. Sobraban a Aleixandre recursos para imitar, y en su plano superar, a los autores de «retratos literarios» que le precedieron en el uso de la palabra. Pero a su quehacer lo llamó *encuentros* por algo. Y cuando quizá candorosamente ha dicho: «Soy uno de los poetas en quienes más ha influido la vida», salir al encuentro de ella no era cosa que debiera hacerse literariamente, cuadrículadamente, amaneradamente, sino dispuesto a enriquecerse con esos caudales que la naturalidad ajena convierte en ríos, en personalidad trascendente, como nuestro autor entusiásticamente pregona. Entre pregonero y vocero de las figuras con que Aleixandre ha ido creando poco a poco su museo íntimo, prefirió siempre ser su vocero. Y para funcionar como voz de algo tan recóndito cual es la intimidad humana, cualquier cuidado es poco, sobre todo cuando quien se adjudica papel a nuestro modo de ver tan peligroso, no ignora que la mejor manera de homenajear a una criatura viva es retratarla tal cual es.

ENCAJE DEL SER

El ser humano, que para gente provista de sentidos mal afilados supone una realidad demasiado tangible, para Vicente Aleixandre, como se desprende de sus colecciones de *Encuentros*, es algo tan delicado y tan milagroso como un encaje, como una urdimbre en marcha. *La vida es una vivida corteza, / una rugosa piel inmóvil / donde el hombre no puede encontrar su descanso, / por más que aplique su sueño contra un astro apagado.* El poeta no ve a sus pretextos retratables conclusos, rígidos, sino como a «maneras de pasar» por espacios determinantes de lo que llamamos existencia, inacabados siempre, obligados a hacerse siempre, ya que su encaje inconcluso es permanente trajín. Si él no nos hubiera dicho —y demostrado— que cantaba por todos en poema memorable (poema que nosotros leímos por primera vez cuando el libro donde se inserta, *Historia del corazón*, nos llegó a finales de 1954 al destierro voluntario), no habiéramos entendido su aproximación a la delicada naturaleza humana, con la delicadeza evidente en sus encuentros. La estrofa donde se escribe: *Masa frenética de dolor, salpicada / contra aquellas mudas paredes interiores de carne. / Y entonces en un último esfuerzo te decides. Sí, pa-*

san. / Todos están pasando. Hay niños, mujeres. Hombres serios. Luto cierto, miradas. / Y una masa sola, un único ser, reconcentradamente desfila. / Y tú, con el corazón apretado, convulso de tu solitario dolor, en un último esfuerzo te sumes. / Sí, al fin, ¡como te encuentras y hallas!, orienta al estudioso de sus *Encuentros*, para mostrárnosle como un celebrante de problemas, como un paladeador de logros e incertidumbres, como un asombrado constante que «empujado, como mecido, ablandado», discurre en su disfrute de lo humano, por lo que lo humano tiene de conquista y de caída cotidiana, sin olvidarse de un luto llamémosle constitutivo, del que la criatura viva, tan querida por Aleixandre, nunca se puede librar. Diríase, como consecuencia, que en los retratos aleixandrinos lo que priva es el enfoque de una conllevaria: la conllevaria de ese luto irremediable. Y que lo que dimensiona a las figuras que el cariño del poeta eligió como motivos alrededor de los cuales palpar, como quizá siempre hizo, la riqueza de lo existente, es la calificadora bondad a que se aludió en un principio, y desde la que todo se comprende, como equidistante entre el bien y el mal. El retratista pudo intentar consuelos que a Vicente repugnan, porque en el dolor todo se temple, y no hay por qué, a la hora que se plantea un retrato, venirse con ternurismos de tres al cuarto... En sus *Encuentros*, por otra parte, se pudo celebrar con mayor júbilo —y pruebas no faltan en la obra poética de Aleixandre— lo que criaturas menos dadas como él al sabor de lo existente, anotarían al lado de una excesiva exaltación... Pero se prefirió, sin embargo, una sutileza penetradora y tibia, al extremo de hacer de este valor común denominador de toda esta parte de su obra. Para que la ternura, cuando es necesaria, se convierta en valor legítimo, y la alegría de enfrentarse con virtudes de la urdimbre humana, del encaje vivo, tema en todo momento para Aleixandre propicio al arrebató, no transmute en delirio lo que debe perennizar los valores de la criatura elegida, con la ponderada finura que caracterizan por lo general sus *Encuentros* personalísimos. Yo recuerdo una carta personal en la que respondiendo a una queja mía, Vicente me decía que lo importante —no la tengo a mano, y cito de memoria— es sentirse inscrito en una colectividad conquistada muy poco a poco por nuestra obra, para la que *en todo momento* existimos. Y recuerdo sus letras en el momento de este trabajo, porque lo que Vicente Aleixandre hace, cuando sale al encuentro del amigo querido, no es abrazarle tumultuariamente para brindarle el laurel de una felicitación barata, sino corroborar con una ternura inteligente de la mejor clase, que se ha existido para él y para unos cuantos como él, y que eso —aunque llegar a semejante conclusión ruborice— es verse acreedor a una recompensa que sólo bien sembrado en el